

Se ha dicho que jamás veré una asamblea de hombres cualesquiera sin que me lata el corazón, sintiendo una cólera sorda contra ellos, ante la seguridad de su mediocridad, de la suficiencia y puerilidad de sus decisiones y de la ceguera absoluta de su conducta.

¡Oh, huir, huir de entre los hombres y retirarse con algunos elegidos, elegidos entre mil millares de miles...!

París está inundado de hojas periódicas en las que los escritores se lanzan al rostro, unos a otros, innobles y violentas injurias, y, completamente cubiertos de cieno, encuentran aún el medio de sonreirse, estrecharse la mano y vivir juntos familiarmente. Defensores insolentes de causas en las cuales no creen. Mientras tanto, se ha visto a los oficiales, divididos en dos bandos, cumplir en silencio sus rigurosos deberes y hacer su correspondiente maniobra mortal, respetando el nombre y el honor de su fraternal enemigo. Haríais mejor matándoos que difamándoos.

Presentaría el aspecto de un sectario o de un hipócrita si lanzase a Francia hacia la República, y, sin embargo, Francia es demócrata desde 1789.

1831

29 de Diciembre.—Nacer sin fortuna es el mayor de los males. Nunca se obtiene en esta sociedad, que se fundamenta en el oro.

Soy el último hijo de una familia muy rica. Mi padre, arruinado por la Revolución, consagra el resto de sus bienes a mi educación. ¡Buen viejo de cabellos blancos, espiritual, instruido, herido, mutilado por la guerra de los Siete Años, y alegre y lleno de bondades y amabilidades...! Se me educa bien. Se me desarrollan los sentimientos artísticos con que vine al mundo. Durante todo el tiempo del Imperio, tuve el corazón emocionado por el deseo de ir al ejército. Pero es preciso tener edad. Por otra parte, el grande hombre es detestado; se alejan de él mis ideas tanto como es posible.

Viene la Restauración. A los diez y seis años me armo de dos pistolas, y con una escarapela blanca en el sombrero voy a unirme a todos los realistas que se manifestaban débilmente.

Entro en las compañías rojas contra viento y marea. Un caballo me rompe una pierna. Cojeando, y apenas curado, causo la derrota de Luis XVIII hasta Bethune, siempre a la retaguardia y al frente de los lanceros de Bonaparte.

En 1815, en la Guardia Real, después de un mes en

← Poder del oro

filas, espero durante nueve años a que la antigüedad me haga capitán.

Era independiente de espíritu y de palabra; estaba sin fortuna y era poeta, triple título para el disfavor. Me caso a los catorce años de servicios y hastiado por el monótono servicio de paz. Se acaba de hacer sin mí una revolución cuyos principios son muy confusos. Escéptico y desinteresado, veo y espero adicto solamente al país para lo sucesivo.

31 de Diciembre, a las doce de la noche.—Ha terminado el año.

Doy gracias al cielo por haber hecho que haya transcurrido como los demás, sin que haya alterado nada la independencia de mi carácter y la salvaje felicidad de mi vida.

No he hecho mal a nadie. No he escrito una sola línea en contra de mi conciencia ni contra ningún ser viviente. Este año ha sido inofensivo, como los demás años de mi vida.

1832

Estando enfermo hoy, he ardidado en el temor de los editores póstumos: una tragedia de *Roland*, una de *Julián el Apóstata* y una de *Antonio y Cleopatra*, repasadas, emborronadas, corregidas por mí desde hace diez y ocho o veinte años.

En el *Roland* sólo había soportable un verso acerca de Jesucristo:

Hijo del cielo desterrado, sufriste en el desierto.

Salgo de una larga enfermedad que tenía los síntomas del cólera.

Me asombra no haber muerto. He sufrido en silencio dolores horribles, y creía haberme acostado para morir.

Mi convalecencia, en mi entender, se prolonga demasiado.

La segunda consulta acerca del suicidio. Encerrará todos los géneros de suicidio y los ejemplos de todas sus causas, analizadas profundamente.

Expondré todas mis ideas acerca de la vida. Son consoladoras por la desesperación misma.

Es bueno y saludable no tener ninguna esperanza.

La esperanza es la mayor de nuestras locuras.

Bien comprendido esto, todo cuanto ocurre favorablemente nos sorprende.

En esta prisión, llamada la vida, de donde salimos unos después de otros para ir a la muerte, no es preciso contar con ningún paseo ni con ninguna flor. Entonces, el ramo más insignificante, la hoja más pequeña, regocija la vista y el corazón, y quedamos satisfechos ante el poder que permitió la encontrásemos a nuestro paso.

Cierto es que no sabemos por qué estamos presos

ni de dónde proviene nuestro castigo; pero sabemos cuál ha de ser, sin duda alguna, nuestra pena: sufrimiento en la prisión, y la muerte después.

No pensemos en el juez, ni en el proceso, que ignoremos siempre, sino únicamente en dar gracias al carcelero desconocido que nos permite a menudo goces dignos del cielo.

Tal es el contenido de la receta con que terminará la segunda consulta del *Doctor Negro*.

Para la segunda consulta.

Todos los crímenes y los vicios proceden de la debilidad.

Por consiguiente, sólo inspiran lástima.

Volvamos a la idea de la segunda consulta.

He aquí la vida humana:

Me figuro a una multitud de hombres, mujeres y niños que hubieran caído en un sueño profundo. Se despiertan encarcelados, se acostumbran a su prisión y hacen en ella pequeños jardines. Poco a poco se aperciben de que, unos tras otros, desaparecen para siempre. No saben por qué están en la prisión ni adónde se les conduce después, y saben que no lo sabrán nunca.

Sin embargo, hay entre ellos quienes no cesan de luchar por conocer la historia de su proceso, y hay

quienes inventan algunos trozos... Otros cuentan lo que hacen, después de salir de la prisión sin saberlo.

¿No son unos locos?

Cierto es que el dueño de la prisión, el gobernador, nos hubiera hecho saber, si hubiera querido, nuestro proceso y la causa de nuestro encarcelamiento.

Puesto que no ha querido hacerlo, ni lo querrá nunca, contentémonos con darle las gracias por los alojamientos, más o menos buenos, que nos proporciona, y ya que no podemos sustraernos a la miseria común, no la hagamos mayor con infinitos tormentos. No estamos seguros de saberlo todo al salir del calabozo; pero tenemos la seguridad de que no sabemos nada dentro.

¡Qué bueno es Dios! ¡Qué adorable carcelero el que siembra tantas flores como hay en el prado de nuestra prisión! ¿Podrá creerse...? Hay a quienes la prisión se les hace tan querida, que temen salir de ella... ¿Qué misericordia es ésta, tan admirable y consoladora, que nos hace el castigo tan dulce...? Porque ninguna nación ha dudado de que estamos castigados no sabemos por qué.

Sobre todo, es preciso aniquilar la esperanza en el corazón del hombre.

Una desesperación apacible, sin convulsiones de cólera y sin reproches al cielo, es la sabiduría misma.

Desde ahora acepto con reconocimiento todos los días de placer, e incluso todos los días que me proporcionen alguna desgracia o alguna pena.

Da lástima pensar que Robespierre haya sido un niño, conducido por su niñera, a quien su madre le haya sonreído, y al que se haya dicho: «¡Hola, buen mozo!»

Tengo en la cabeza una línea recta.

Una vez que lanzo por esa vía férrea una idea cualquiera, la sigue hasta el final, a pesar mío. Y, mientras tanto, obro y hablo.

20 de Mayo.—He acabado de corregir, yo mismo y yo solo, las pruebas de la primera edición de *Stello*.

Esta edición valdrá más que el manuscrito, que quemaré uno de estos días, y que conservo aún, no sé por qué. En espera, tal vez, de que un amigo mío me lo pida.

Memorias y diario.

Las importunidades de los biógrafos que, a toda costa, quieren saber y publicar mi vida y no cesan de escribirme para obtener detalles que yo me guardo bien de darles; el temor de la mentira, a la que odio en todos sus aspectos, y, sobre todo, de la ca-

lumnia; el deseo de no ser considerado como un personaje heroico o fabuloso, a los ojos de las pocas personas que se ocupen de mí después de mi muerte; esto es lo que me hace tomar la resolución de escribir mis Memorias.

Llegaré, desde mi nacimiento, hasta este año. Luego, comenzaré un diario, que terminará cuando la mano que sustenta esta pluma no tenga fuerza para escribir.

Nací en Loches, pequeña ciudad de La Turena, linda, según dicen; yo no la he visto nunca. A los dos años me trajeron a París, donde fui educado por mis padres, con un cariño sin precedentes. Habían tenido tres hijos: León, Adolfo y Manuel, los cuales murieron antes de mi nacimiento. Quedé el único, el más débil y el último, de una antigua y numerosa familia de Beauce. Mi abuelo era muy rico. Vigny, Le Tronchet, Gravelle, Emerville, Saint-Mars, Sermoise, Lourquétaine, etc., etc., eran sus tierras. De ellas, sólo me quedan los nombres en mi genealogía. En Bauce organizaba, con mi padre y sus siete hermanos, grandes cacerías de lobos. Poseía un estado de príncipe. La Revolución lo destruyó todo. Sus tierras pasaron a poder de sus hombres de negocios, que las compraron por la renta. Sus hijos, murieron; unos, muertos en el ejército de Condé; otros, con pocos bienes; uno, en la Trapa. El hermano de mi madre estaba en Quiberon; su padre, en prisión. Mi padre se quedó solo y me educó con poca fortuna,

desgracia de la que no se obtiene nada cuando se es un hombre honrado.

Repasando los treinta años de mi vida, veo que dos épocas los dividen en dos partes casi iguales, y estas épocas, por las ideas, parecen dos siglos: el Imperio y la Restauración. La una fué el tiempo de mi educación; la otra, de mi vida militar y poética. Una tercera época ha comenzado hace dos años: la de la Revolución. Creo que ésta será la más filosófica de mi vida.

Puedo, pues, separar el pasado de mis días en estas dos grandes partes. Tiempo en el que he visto y observado bien, desde el sombrío punto de vista en que he sido colocado.

Instrucciones generales para la clasificación.

La severidad fría y un poco pasiva de mi carácter no era nativa.

Me ha sido proporcionada por la vida.

Una sensibilidad extrema, dominada desde la infancia por los maestros, y en el ejército por los oficiales superiores, quedó encerrada en el rincón más secreto de mi corazón. El mundo no vió nunca mas que las ideas.

Sólo el *Doctor Negro* apareció en mí; *Stello* permaneció oculto.

Estuve enfermo en 1819 y escupía sangre; pero como, a fuerza de juventud y de valor, me tenía en pie, andaba y salía, era preciso continuar el servicio hasta la muerte. Hasta que un hombre está muerto no se cree en su enfermedad en un regimiento. Después de su entierro, se dice: «Parecía que estaba verdaderamente enfermo.» Si se mete uno en el lecho, se dice: «Finge estar enfermo.» Si está malo del pecho y sale para tomar el aire, se dice: «Eso es burlarse de los compañeros y obligarles a que le hagan su servicio.» Se adquiere esta dureza. Se burlan de uno si se le tiene lástima a un soldado. Se siente horror por el hombre que se levanta la tapa de los sesos; se tiene la creencia de que esta resolución supone una rebelión contra la autoridad. Se hace uno impasible y duro.

Tomé esta resolución contra mí mismo, y me dije: «Llegaré hasta lo último.»

Fuí una vez de Amiens a París, bajo la lluvia, con mi batallón, escupiendo sangre por todo el camino y pidiendo leche en todas las cabañas; pero sin decir nada de cuanto sufría. Me dejé devorar por el buitre interior.

Los dramas y las novelas mediocres tienden ahora a mantener el interés y a hacer sorprendentes los hallazgos, inventando narraciones acumuladas, imaginables. Así, pues, si un obrero encuentra en un baile campestre a una gran señora, verá que preci-

muerto
de la
del soldado

samente está encargado de hacer su brazalete y llevárselo, y también que es el hijo de su marido, y que es también el asesino de un imbécil que va a hacer competencia con él en su desván.

Es verdaderamente delicioso ver en su *toilette* a una actriz, verdaderamente inspirada, antes de entrar en escena. Habla de todo con una exageración graciosa; se engríe por cosas insignificantes, grita, gime, suspira, se enfada, acaricia..., todo en un minuto; se finge enferma, postrada, curada, buena, débil, fuerte, alegre, melancólica, colérica... Y no tiene nada de eso, sino que está impaciente, como un caballito de carreras que espera a que se levante la barrera; piafa a su modo, se mira en el espejo, se pone carmín, se lo quita después, ensaya su gesto y lo modifica; se prueba *la voz hablando alto*; temple su alma, haciéndola pasar por todos los matices y por todos los sentimientos; se aturde, se emborracha de arte y de escena por adelantado.

Trabajando, recuerdo un rasgo muy interesante que la princesa de Béthune me contó una noche.

El señor de X... sabía muy bien que su mujer tenía un amante. Pero las cosas pasaban con decencia, y se callaba.

Una noche el señor de X... entró en casa de ella, lo que no hacía nunca desde hacía cinco años. Ella se extrañó. El señor X... le dijo:

—Permaneced en el lecho; pasaré la noche leyendo en esta butaca. Sé que usted lo desea así, y yo sólo vengo por despistar a la gente (1).

Ella se calló y lloró. Era verdad.

El genio épico tiene amplio campo donde tender sus alas en la gran novela. En el drama tiene que reducirse a proporciones demasiado restringidas. ¡Cómo encuentro la historia, hasta lo último, en los dramas de Shakespeare! ¡Cómo sintió que se ahogaba...!

Bonaparte murió diciendo: *Cabeza de ejército*, y repasando en la memoria sus primeras batallas. Canning, hablando de los negocios. Cuvier, analizándose a sí mismo y diciendo: *La cabeza se enreda*.

¿Y Dios? Tal es el siglo: no pensaron en él.

Sí; tal es el siglo. Y es que la razón humana llegó hasta aquellos hombres, y debe llegar para todos, con *la resignación de nuestra debilidad y de nuestra ignorancia*. Seamos todo lo que podamos ser; sepamos lo poco que podamos saber. Ya es bastante, para los pocos días de vida de que disponemos. La resignación que se nos hace más difícil es la de

(1) Esta anécdota sirvió a Alfredo de Vigny para escribir su comedia *Libre por miedo*.

nuestra ignorancia. ¿Por qué nos resignamos a todo, excepto a ignorar los misterios de la eternidad? A consecuencia de la esperanza, que es la fuente de todas nuestras cobardías. Inventamos una fe; nos persuadimos de ella; queremos persuadir también a los demás, y les castigamos para obligarles a ello.

Y por qué no decir:

«Siento sobre mi cabeza el peso de una condenación que padezco constantemente, ¡oh, Señor! Ignorando la falta y el proceso, me encuentro en la prisión. Procuero olvidarlo algunas veces: a esto se reducen los trabajos humanos. Me encuentro resignado a todos los males y os bendigo al final de cada día, cuando lo he pasado libre de toda desgracia. No espero nada de este mundo, y os doy gracias por haberme concedido la fuerza suficiente para el trabajo, el cual hace que pueda olvidar por completo mi ignorancia eterna.»

No se puede ser demasiado indulgente con la gente joven que nos consulta. Creo que es preciso siempre animarles, ensalzarles, elevarles a sus propios ojos, obtener de ellos todo cuanto encierran sus cerebros y exprimirles, como se hace con un grano de uva, hasta que den la última gota.

Yo era teniente de la Guardia Real, y estaba de guarnición en Versalles, en 1816, si mal no recuerdo, cuando hice una tragedia bastante mala, titulada *Julián, el Apóstata*, que he quemado últimamente.

Tal y como estaba, se la enseñé al señor de Beauchamp, que había hecho algunos libros de Historia. Después de haber escuchado el prólogo y el primer acto, me estrechó la mano vivamente, y me dijo: «Acuérdese usted de esto: *A partir de hoy, ha conquistado usted su independencia.*» Estas palabras alentadoras fueron las que más me emocionaron, y además fueron las primeras, pues no me atrevía a leerle nada a nadie. Tal vez si me hubiese dicho lo contrario; me hubiera entregado al instinto de la pereza, tan frecuente en el hombre que nuestra principal ocupación consiste siempre en combatirla.

Esto me recuerda a un hombre de ingenio, mi primo el conde James de Montwrault. Un día le reproché que fatigaba mucho a los soldados del regimiento, del cual era coronel y yo capitán.

—Amigo mío—me dijo—, es preciso siempre exigir a los hombres más de lo que pueden hacer para obtener de ellos todo lo que pueden hacer.

Estas palabras constitúan un buen principio militar, precedente de un buen oficial.

Bossuet pone demasiada sencillez en las explicaciones de cada palabra de la *Historia Universal*. Se ve demasiado que escribe para un niño. No puede decir: *anacronismo*, sin añadir inmediatamente: «esa especie de error que consiste en confundir las épocas».

No leí nunca dos Armonías o Meditaciones de La-

martine sin que mis ojos se llenaran de lágrimas. Cuando las leo en voz alta, las lágrimas corren por mis mejillas. ¡Qué feliz me siento cuando veo otros ojos más húmedos aún que los míos! ¡Lágrimas santas! ¡Lágrimas bienhechoras, de adoración, de admiración y de amor!

Si algo no me lo impidiera, haría un himno a la duquesa de Berry, que viene, como una madona,

Con su hijo en los brazos y en la mano su lis.

Pero, ¿para qué? Cantar un infortunio tan bello es confundirse con los que se preparan favores para el porvenir. No siento entusiasmo alguno por su causa, sin lo cual hubiera ido a combatir, y no a cantar.

La elegante sencillez, la reserva de los modales delicados del gran mundo causan, no solamente una aversión profunda a los hombres groseros de todas las opiniones, sino un odio que conduce incluso a la sed de sangre.

La Prensa devorará a la elocuencia: ya casi se la ha comido.

En la antigüedad, el que perdía una representación de Cicerón, lo perdía todo. Hoy se dice:

—No lo he oído hoy... ¡Qué importa...! Ya lo leeré mañana.

Algunas veces, nuestra lengua embellece lo que traduce.

Me gusta más *Michel-Ange* (1) que *Michelangelo* y *Florence* (2) que *Firenze*.

El verdadero ciudadano libre es aquel al que no le importa el Gobierno, ni tiene nada que ver con él; he aquí mi opinión, y he aquí mi vida.

La mejora de la clase más numerosa y la relación que existe entre la capacidad proletaria y la propiedad hereditaria constituyen toda la cuestión política actual.

El Doctor Negro representa a la vida. Lo que la vida tiene de real, de triste, de desesperante debe ser representado por él y por sus palabras, y siempre el enfermo debe ser superior, en su triste razón, a todo cuanto la poesía tiene de superior a la realidad dolorosa que nos envuelve; pero esta razón, según la vida, debe reducir siempre el sentimiento al silencio, y el silencio constituirá la mejor crítica de la vida.

(1) Miguel Angel.—*N. del t.*

(2) Florencia.—*N. del t.*

OBJETO: EL HÁBEAS CORPUS; EL VACÍO DE LAS LEYES (1)

(Para la tercera consulta del Doctor Negro.)

El Doctor Negro encuentra a un hombre, en el que la vanidad de ser nombrado el primer legislador de su tiempo le causa una verdadera enfermedad. Es abogado y ejerce su abogacía de la mañana a la noche.

El doctor le señala los defectos de todas las leyes, llevándole junto al lecho de un hombre que muere en la prisión, donde fué encerrado PREVENTIVAMENTE hace nueve meses. Se le reconoce inocente, es absuelto y muere en la Audiencia. En su agonía, exclama:

—Devolvedme mi salud, mi tiempo, mi familia, mi felicidad, perdida en esta prisión. Si soy inocente, ¿por qué me habéis matado...? Si soy inocente, ¿puedo morir sin que vosotros seáis unos asesinos...? Y si sois unos asesinos, ¿por qué no existe quien tenga derecho a juzgaros...?

(1) *Habeas corpus*, frase latina, usada en Inglaterra. Derecho que tiene todo ciudadano, detenido o preso, a que el juez le oiga, inmediata y públicamente, y resuelva si su detención fué o no legal, y si debe alzarse o mantenerse.—N. del t.

D[octor Negro].—Hemos llegado al extremo de que el Poder no tiene ya fuerza ni prestigio a los ojos de los hombres. ¿Qué le queda, pues?

D.—Los Médicis y los nobles fueron buenos para las artes, porque la nobleza apenas suponía un poder, y no era mas que un nombre elegante aplicado a la opulencia hereditaria y a la gloria de los antepasados.

D.—Llevad vuestra idea hacia adelante, cada vez más. Daos cuenta de que los malvados excitan más el interés que los hombres puros. Siempre que posean cualquier insignificante cualidad, adquieren un gran renombre.

S[tello].—¿Por qué el trabajo intelectual proporciona un aspecto cruel al semblante?

D.—Por la renunciación al presente a cambio de la contemplación del pasado y del porvenir. La separación es cruel.

Stello.—Profundamente herido, pero demasiado soberbio para quejarme: tal ha sido el epígrafe de toda mi vida.

El orden social es malo y lo será siempre. Durante el tiempo en que Dios mismo se dignó habitar en la tierra, le hubiese sido fácil indicarnos una forma

de Gobierno perfecta. El género humano perdió entonces una magnífica ocasión que no volverá a encontrar ya. Es preciso, pues, resignarse a no ver nada estable, no obstante la exclamación: *¡Esta vez es para siempre!* Ese grito que lanzan a coro todos los legisladores, después que han formado una Constitución.

El orden moral es siempre malo. Sólo de vez en cuando se hace soportable. De lo malo a lo soportable, la diferencia no merece una gota de sangre. Lo contrario sería la teoría de un asesino. Tal es la de los septembristas, y la de los inquisidores, y la de Ravaillac y la de Louvet.

El 9 Thermidor.—El 8 murió Andrés de Chénier (Thiers). Hubo una lucha entre la Convención y el Concejo. Henriot quería hacer fuego. La negativa de los cañoneros fijó la suerte del 9 Thermidor. Si un cañonero hubiese aproximado su mecha, la faz del mundo habría cambiado.

Robespierre, abogado frío, malo e infame.

Thiers llama a las obras de Andrés Ch[énier] *admirables bocetos*.

Son cuadros perfectos.

Los que atacaron sucumbieron: fué la primera vez en la Revolución. A aquella señal, se vió que había terminado el movimiento ascendente (Mignet).

Bien visto.

Nodier, en sus *Recuerdos* (al final), dice:

«*Asegúrase* que he derribado en el lecho de Procusto a Robespierre. *Es posible; pero temo haberlo engrandecido.*»

Es noble haberlo engrandecido bajo la Restauración, y acusarse de ello en 1832.

Yo no le engrandeceré, por espíritu de oposición; quisiera pintarle tal como fué. No estoy contento con los *Recuerdos* de Nodier. Malogra cuanto tiene de bueno en las observaciones acerca de los hombres y el tiempo, con fábulas demasiado arbitrarias y demasiado complejas y afectadas.

El amor físico, y únicamente físico, perdona toda infidelidad. El enamorado sabe o cree que no encontrará ninguna voluptuosidad semejante en otra parte, y lamentándose por ello, se alimenta de vanas esperanzas. Pero tú, amor del alma, amor apasionado, no puedes perdonar nada.

Para el hombre que sabe ver las cosas, ningún tiempo es perdido.

Lo que para otro sería desocupación, es observación y reflexión para él,

El charlatanismo está en boga. No sé lo que puede hacerle cesar, si no es un exceso: tengo en él muchas esperanzas.

La consistencia.

Tener consistencia en Francia no es una frase vana. Esta expresión representa perfectamente el aplomo y la consideración que una vida prolongada y honorable puede proporcionar, y que el talento no proporciona *por sí solo*.

La vida es un teatro

El teatro diario.

La pasión del mundo es la de ver. Si todos los hombres pudiesen ver lo que hace cada uno; si pudiesen construirse un teatro lo suficientemente grande para ver obrar en él a las *grandezas* y a las *celebridades*, serían dichosos y se verían transportados todos los días.

Por esto se creó el teatro; pero el teatro sólo habla del pasado, o únicamente se refiere a los acontecimientos presentes por medio de alusiones muy veladas. Sería preciso un teatro de todos los días, en el que los grandes personajes comenzasen todas las mañanas a representar su papel de la víspera, o todas las noches el de por la mañana; en el que los espec-

tadores fuesen veinte, ciento, ochocientos o mil a la vez; en el que todos los ojos de un pueblo estuviesen atentos al desarrollo de la misma escena en el mismo momento, sin que los espectadores tuviesen necesidad de abandonar su morada. Este teatro ha sido hecho: este teatro es un periódico.

En él trabajan a la vez todos los pueblos y los reyes. ¡Actores, observaos bien...! Todos vuestros gestos son apreciados y juzgados; el mundo tiene sus ojos abiertos, dirigidos hacia vosotros. El aplauso es raro y el murmullo frecuente. Apresuraos, sobre todo, a cambiar de escena, pues en un día, una escena se hace vieja y desgasta y devora vuestro nombre, y, de lo contrario, es porque representa otra celebridad en cualquier otro rincón del globo.

El que hace moverse todos los días a su antojo a esos personajes vivientes; el que los presenta en el teatro en la actitud y en el día que le place; el que los engrandece o los empequeñece a su gusto es el periodista... ¡Y serás tú, mañana, si quieres! Ve si encuentras lo suficientemente amplia esa ocupación.

Ballanche, en su *Ensayo sobre las instituciones sociales*, dice que no puede haber razón alguna para escribir la poesía en verso, toda vez que los poemas *no se cantan ya*.

Llama a nuestra poesía *lenguaje escogido*, al que se le añade la rima.

¿7.º del teatro?

Se equivoca. Todo hombre que recita bien sus versos los *canta* de cualquier suerte que sea.

Noble e innoble son los dos adjetivos que, a mi entender, distinguen mejor a las dos razas de hombres que viven sobre la tierra.

Constituyen, realmente, dos razas que no podrán entenderse en nada y que no sabrían vivir juntas.

Los que más se asustaban del cólera eran los más viejos. Diríase que, a fuerza de vivir, se imaginan que con los años acumulan las piedras de un hermoso edificio que nada puede destruir y que es preciso cuidar más a medida que envejece.

31 de Diciembre, a las doce de la noche.—El año expira, al fin; este doloroso año nos ha traído el cólera y las guerras de toda naturaleza. Todo lo que me es querido ha sido preservado. Extraño a todos los odios, he sido feliz con todos mis afectos. No he hecho mal a nadie y he hecho bien a varios. ¡Plugue a toda mi vida deslizarse así!

1833

La Historia Universal, de Bossuet, es Dios jugando una partida de ajedrez con los reyes y los pueblos.

Clarisa es una obra de estrategia, por cualquier lado que se mire. Veinticuatro volúmenes empleados en la descripción del sitio y la toma de un corazón. Eso es digno de Vauban.

Stello.

La tercera consulta será acerca de los hombres políticos.

La cuarta consulta será acerca de la idea del amor que se consume buscando la eternidad de la voluptuosidad y de la emoción.

El *prologador* de Goethe critica amargamente *Las afinidades electivas*. Es una desgracia tener que llevar consigo, para el porvenir, su torpe crítica, como un globo y una barquilla.

Ya veo, ya comprendo que la única cosa esencial para los hombres es la de *matar el tiempo*. En esta vida, cuya brevedad cantamos en todos los tonos,